

# Política para Amador



Fernando Savater

# Política para Amador

Nueva edición ampliada

*Ariel*   
*bfs*

1.<sup>a</sup> edición: junio de 2012  
Ediciones anteriores: 1992 y 2007

© 1992, 2007 y 2012: Fernando Savater

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© 1992, 2007 y 2012: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.

ISBN 978-84-344-0101-3

Depósito legal: B. 14.062 - 2012

Impreso en España por  
Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*Sarari, nere politiko polita*



*¡El mundo está desquiciado!  
¡Vaya faena, haber nacido  
yo para tener que arreglarlo!*

W. SHAKESPEARE,  
*Hamlet*





## Prólogo

Un antiguo autor latino, Terenciano Mauro, dejó dicho que «*pro captu lectoris habent sua fata libelli*», es decir, que cada libro tiene su destino según la inteligencia de los lectores. También podría señalarse que en ese destino influyen otros factores aún más aleatorios y menos personales, como por ejemplo en ciertos casos los planes de estudio. Cuando el presente libro fue publicado por primera vez hace quince años, todavía no se vislumbraba en el horizonte de nuestro bachillerato nada parecido a una asignatura de «Educación para la ciudadanía». Sin embargo, en estas páginas se propuso por vez primera algo así como una reflexión filosófica introductoria acerca de la política y la democracia. Es decir, lo que yo creo que son los fundamentos de cualquier educación cívica que no quiera reducirse a una especie de tratado de urbanidad «políticamente correcto». Ahora que por fin vamos a tener una materia específica centrada en la formación teórica y práctica de ciudadanos, creo que esta obrita puede ser renovadamente útil, no como manual o libro de texto, sino como lectura complementaria de los otros que se preparen con mayor apego al temario establecido.

Por eso me he decidido a remozarla un poco, a fin de que se adapte mejor a este nuevo objetivo. Esta «Política» fue en un principio una segunda parte de mi *Ética para Amador*. La conservo tal cual (salvo algunas mínimas supresiones), manteniendo el tono coloquial con ese ficticio «Amador» que, ahora menos que nunca, ya no es mi hijo real, sino cualquier lector benévolo de la edad adecuada. Y añado como colofón un «Diccionario del ciudadano sin miedo a saber», escrito en un tono menos paternal y que incluye referencias a sucesos y problemas más actuales. Espero que de este modo no se pierda nada de lo que pudiera ser valioso en la primera redacción y se gane algo en oportunidad pedagógica.

*Mayo de 2007*

## Prólogo a la primera edición

¿Te acuerdas de lo que decíamos en la *Ética para Amador* que constituye la diferencia fundamental entre la actitud ética y la actitud política? Las dos son formas de considerar lo que uno va a hacer (es decir, el empleo que vamos a darle a nuestra libertad), pero la ética es ante todo una perspectiva *personal*, que cada individuo toma atendiendo solamente a lo que es mejor para su buena vida en un momento determinado y sin esperar a convencer a todos los demás de que es así como resulta mejor y más satisfactoriamente humano vivir. En la ética puede decirse que lo que vale es estar de acuerdo con uno mismo y tener el inteligente coraje de actuar en consecuencia, aquí y ahora: no valen aplazamientos cuando se trata de lo que *ya* nos conviene, que la vida es corta y no se puede andar dejando siempre lo bueno para mañana... En cambio, la actitud política busca otro tipo de acuerdo, el acuerdo con los demás, la coordinación, la organización entre muchos de lo que afecta a muchos. Cuando pienso moralmente no tengo que convencerme más que a mí; en política, es imprescindible que convenga o me deje convencer por otros. Y como en cuestiones políticas no sólo se trata de mi vida, sino de la armonía en acción de mi vida

con otras muchas, el tiempo de la política tiene mayor extensión: no sólo cuenta el deslumbramiento inaplazable del *ahora* sino también períodos más largos, el planeamiento de lo que va a ser el mañana, ese mañana en el que quizá yo ya no esté pero en el que aún vivirán los que yo quiero y donde aún puede durar lo que yo he amado.

Resumiendo: los efectos de la acción moral, que sólo depende de mí, los tengo como quien dice siempre a mano (aunque a veces me cueste elegir y no resulte claro qué es lo que más conviene hacer). Pero en política, en cambio, debo contar con la voluntad de muchos otros, por lo que a la «buena intención» le cuesta casi siempre demasiado encontrar su camino y el tiempo es un factor muy importante, capaz de ir estropeando lo que empezó bien o no terminar nunca de traer lo que intentamos conseguir. En el terreno ético la libertad del individuo se resuelve en puras *acciones*, mientras que en política se trata de crear *instituciones*, leyes, formas duraderas de administración... Mecanismos delicados que se estropean fácilmente o nunca funcionan del todo como uno esperaba. O sea que la relación de la ética con mi vida personal es bastante evidente (creo habértelo demostrado ya en el libro anterior), pero la política se me hace en seguida *ajena* y los esfuerzos que realizo en este campo suelen frustrarse (¿por culpa de los «otros»?) de mala manera. Además, la mayoría de las cuestiones políticas tienen que ver con gente muy distante y muy distinta (en apariencia) a mí: bien está que me interese por el bienestar de los que me son más próximos, pero vivir pendiente de personas a las que nunca conoceré personalmente, ¿no es ya pasarse un poco?

Es curioso cómo cambian los tiempos. Cuando yo tenía tu edad, lo obvio era interesarse por la política, emocionar-

se con las grandes luchas revolucionarias y sentir como propios problemas que pasaban a miles de kilómetros de distancia: la ética, en cambio, la teníamos por cosa medio de curas, poco más que un conjunto hipócrita de melindres pequeñoburgueses... No se admitía otra moral que la de actuar políticamente como es debido; más de uno pensaba –aunque quizá sin reconocerlo a las claras– que el buen fin político justifica los medios, por «inmorales» que pudieran parecer a los aprensivos. Pocos aceptábamos la advertencia del gran escritor francés Albert Camus, sobre la cual tendremos ocasión de volver más adelante: «En política, son los medios los que deben justificar el fin». Ahora, en cambio, es mucho más fácil interesar a los jóvenes en la reflexión moral (aunque tampoco la cosa esté tirada, no te vayas a creer...) que despertarles la curiosidad política. Cada cual tiene más o menos claro que debe preocuparse por sí mismo y, en el mejor de los casos, que es importante procurar ser lo más decente que se pueda; pero de las cosas comunes, de lo que nos afecta a todos, de leyes, derechos y deberes generales... ¡bah, ganas de complicarse la vida! En mi época, se daba por supuesto que ser «bueno» políticamente le daba a uno licencia para desentenderse de la moral de cada día; ahora parece aceptado que con intentar portarse éticamente en lo privado ya se hace bastante y no hay por qué preocuparse de los líos públicos, es decir: políticos.

Me temo que ninguna de las dos actitudes es realmente sensata, sensata *del todo*. Ya en *Ética para Amador* procuré convencerte de que la vida humana no admite simplificaciones abusivas y que es importante una visión de conjunto: la perspectiva más adecuada es la que más nos *ensancha*, no la que tiende a miniaturizarnos. Amador, los seres humanos no somos *bonsáis*, más bonitos cuanto más se nos recorta;

aunque tampoco desde luego somos una simple unidad dentro del bosque, siendo éste en tal caso lo único importante. Creo que se equivoca el que nos sacrifica al bosque y el que nos aísla y poda para dejarnos chiquititos... sin relación alguna con todos los millones que viven a nuestro alrededor. La vida de cada humano es irrepetible e insustituible: con cualquiera de nosotros, por humilde que sea, nace una aventura cuya dignidad estriba en que nadie podrá volver a vivirla nunca igual. Por eso sostengo que cada cual tiene derecho a disfrutar de su vida del modo más humanamente completo posible, sin sacrificarla a dioses, ni a naciones, ni siquiera al conjunto entero de la humanidad doliente. Pero, por otra parte, para ser plenamente humanos tenemos que vivir entre humanos, es decir, no sólo *como* los humanos sino también *con* los humanos. O sea, en sociedad. Si me desentiendo de la sociedad humana de la que formo parte (y que hoy me parece que ya no es del tamaño de mi barrio, ni de mi ciudad, ni de mi nación, sino que abarca el mundo entero) seré tan prudente como quien yendo en un avión gobernado por un piloto completamente borracho, bajo la amenaza de un secuestrador loco armado con una bomba, viendo cómo falla uno de los motores, etc... (puedes añadir si quieres alguna otra circunstancia espeluznante), en lugar de unirse con los restantes pasajeros sobrios y cuerdos para intentar salvarse, se dedicara a silbar mirando por la ventana o reclamara a la azafata la bandeja del almuerzo.

Los antiguos griegos (tipos listos y valientes por los que ya sabes que tengo especial devoción), a quien no se metía en política le llamaron *idiotés*; una palabra que significaba persona aislada, sin nada que ofrecer a los demás, obsesionada por las pequeñeces de su casa y manipulada a fin de cuentas por todos. De ese «idiotés» griego deriva nuestro

*idiota* actual, que no necesito explicarte lo que significa. En el libro anterior me atreví a decirte que la única obligación *moral* que tenemos es no ser imbéciles, con las variadas formas de imbecilidad que pueden estropearnos la vida y de las que allí hablamos. Pues resulta que el mensaje de este libro que empiezas a leer también es un poco agresivo y faltón, porque puede resumirse en tres palabras: ¡no seas *idiota*! Si tienes otra vez paciencia conmigo, intentaré aclararte en los siguientes capítulos lo que quiero decir con ese consejo que suena de modo tan poco amable...

Para empezar, creo que basta con lo dicho. Vamos a reflexionar un poco en este libro sobre el hecho fundamental de que los hombres no vivimos aislados y solitarios sino juntos y en sociedad. Hablaremos del poder y de la organización, de la ayuda mutua y de la explotación de los débiles por los fuertes, de la igualdad y del derecho a la diferencia, de la guerra y de la paz: comentaremos las razones de la obediencia y las razones de la rebeldía. Como en el libro anterior, hablaremos sobre todo de la *libertad* (siempre de la libertad: nunca olvides las paradójicas servidumbres que encierra, pero jamás te fíes de quienes la ridiculizan o la consideran un cuento para ilusos), aunque ahora trataremos de la libertad en su sentido político, no en el ético que antes hemos discutido. Ya me conoces: aunque en este libro pienso tomar partido con todo descaro siempre que me apetezca, no sacaré al final la moraleja acerca de quiénes son los «buenos» y quiénes los «malos», ni te recomendaré a los que hay que votar o ni siquiera si debes votar a quien sea. Buscaremos las cuestiones de fondo, *lo que está en juego* en la política (y no a lo que juegan hoy los políticos...). A partir de ahí, tú tienes la última palabra: procura que nadie te la quite ni la diga en tu lugar.